



LA HOJUA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA

De parranda.

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO

La comedia femenina.

UN PEQUEÑO REPÓRTER

De la semana picaresca.

JOAQUÍN ALCAIDE DE ZAFRA

Por esos mundos de amor...

FÉLIX RECIO

El amor todo lo puede.

LUIS DE OSSA

Epigrama.

CLEMENTE DE CASTRO

La sonámbula.

FERNANDO AMADO

El precio... de un cubierto.

ELÍAS SANCHO GALLEL

De mi lira.

JACINTO CARMÍN

El gran secreto.

MARIO EGEA

Besos de amor.

JULIO MATA

Una encuesta curiosa.

TOVAR, DEMETRIO, ALFONSO
y ENRIQUE

Caricaturas y retratos de Paquita Escribano y otros dibujos.



PAQUITA ESCRIBANO

Que después de haber renovado laureles en Madrid, se dispone á hacer una «tourné» por el Norte.

5 cénts.



¡DIOS! NOS LIBRE, LECTOR, DE UNA «BRAVÍA»
QUE NOS PEGUE UN TIRITO CUALQUIER DÍA!

*Hoy las «socias» adelantan,
 que es una barbaridad...*
 Hay «furcias» de pelo en pecho,
 mujeres de armas tomar,
 «gachís» que rompen cabezas
 y «superhembras» que dan
 «mulé» al hombre que las quiere
 seducir ó abandonar. —

El sexo «débil» se ha puesto
 de una forma, que ¡ya, ya!...
 No sostendré yo la vieja
 teoría de que hay
 quien va armada por la calle,
 con la «cabriterera» en la
 liga; pero sí aseguro
 que algunas suelen llevar
 revólver en el bolsillo
 «siniestro» del delantal,
 y si un «gachó» las ofende
 dicen: «Me vengo, ¡y en paz!»
 (sin que venga lo del vengo
 de venir; es de vengar.)

Mal año para Tenorios
 callejeros el actual,
 pues son muchas las mujeres
 que hoy día tiran á dar;
 y si el burlador es «blanco»
 y, en vez de un donjuan, un Juan
 Lanas ó un Juan de las Viñas,
 ¡para qué quiere ya más!

*Antiguamente eran dulces
 toítas las aguas del mar,
 así cual las hijas de Eva
 para los nietos de Adán;
 pero hoy aguas y mujeres
 enturbiaron su caudal,
 y se han vuelto más amargas
 que acíbar ó rejalgar.*

Antes Doña Inés de Ulloa,
 seducida por Don Juan
 —como va saben ustedes—
 en la escena del sofá,
 le daba alegre la pura
 flor de su virginidad

y, cuando él la abandonaba,
 no hacía sino llorar...

Luego ha habido en las costumbres
 un cambio tan radical,
 que las mujeres ya tiran
 —como dije antes— á dar,
 y á los que las abandonan
 ó las seducen, les dan
 su pinchazo ó su tiritito
 por delante ó por detrás.

Como Dios no lo remedie,
 va á ser preciso emigrar;
 porque se han puesto las hembras
 de una forma, que ¡ya, ya!...
 Tal como hoy están las cosas,
 ¿quién actúa de donjuan,
 si hasta se sienten bravías
 las mozuelas en agraz ...

Si donde las dan las toman,
 donde las toman las dan,
 y ha de estar á las maduras
 quien á las duras está...
 De todo lo cual se infiere
 que, si ellas tiran á dar,
 va á ser lo mejor dejarlas
 que vivan con sus papás...

Yo, que fuí en mis verdes años
 un formidable donjuán,
 he decidido cortarme
 la coleta, porque ya—
 no siéndonos permitido
 seducir ni abandonar
 á las sucesoras de Eva—
 los descendientes de Adán
 estamos en este mundo
 (como quien dice) de más...

Imitad todos mi ejemplo,
 lectores, y renunciad
 á amarlas; como no sea
 que las llevéis al altar,
 si es que os placen las «dulzuras»
 de la vida conyugal,
 pues (para mí) es el remedio
 peor que la enfermedad...

Carlos Miranda

DE LA SEMANA PICARESCA

(NOTAS DE MI CARNET)

SONATA DE ESTÍO



STAMOS en plena desbandada.

En cuanto que el sol ha empezado á ponerse pesado, picando más que una de las obras alegres del repertorio italiano, todos los que tienen algo más de cuatro pesetas setenta y cinco céntimos pescan las maletas y salen á escape para las playas del Norte, dejándonos en la mayor orfandad y desamparo á los infelices que, á lo sumo, podemos tomar el tranvía de las Ventas y cada ocho días un chico de horchata, con ó sin paja.

Antes de ocho días, la soledad más espantosa será con nosotros. Detrás de los hombres públicos se irán las mujeres públicas, ó viceversa, y hasta que vuelvan á venirse, pasarán seguramente sus buenos tres meses. De suerte que ahora todo Madrid va á quedar como no feudo de los infelices faltos de medios y de extremos, y como nos quedamos en familia, es de esperar que ni Ruiz Jiménez ni el mismo Fernández Llanos, se opondrán á que vayamos por ahí todo lo más cómodos que nos sea posible. Con que cubramos las formas se darán por satisfechos.

Y puede que lo pasemos mejor que ellos. Con una camiseta de malla, un botijo fresco y dos conciertos de la Banda Municipal, ora en Rosales, ó ya en el Retiro, como si esuviésemos en San Sebastián dándole cuatro recorridos á la Concha.

Después de todo, el que no se consuela es porque no quiere. Yo conozco á un señor que se quedaba en traje de la Naturaleza,



El comerciante. —Como ve usted, es bastante gruesa.

La señora. —Sí, me gusta, y lo que siento es que no tenga usted dos piezas.

meña los pies en un cubo de agua fresca, después de haber echado en el fondo unos polvos de salvadera; en la mano derecha se colocaba una fotografía de la playa de San Juan de Luz y en la izquierda la fotografía más sicalíptica que encontraba de la Chelito, y así se pasaba las horas muertas. Luego nos decía que con un poco de imaginación y algo de buena voluntad, se pasaba tan ricamente el rato, unas veces con la izquierda y otras con la derecha. Según qué fotografía contem-

plaba. Los hay que aprovechan estas ausencias del elemento burgués y andan á caza de gangas, que suele haberlas, unas veces porque han perdido el tren, otras porque no tienen para él, y claro está, que esto siempre produce su natural depreciación. Es como cuando vienen muchas almejas de la Coruña, que antes de que se echen á perder las dan los pescaderos á cualquier precio.

Yo soy de los madrileños que lo pasan

cos, teóricos unas veces, y, cuando se pide, prácticos? Donde dice comba, pongan ustedes «gallina ciega» ó «el ratón y el gato» ó cualquier otro entretenimiento juvenil que le permite á usted pasar la mañana «buceando» entre las alamedas de nuestro hermoso Parque.

Por la tarde, á dormir una siesta todo lo más frescamente que le sea á uno posible, y al ser de noche vuelta á la «rue» en busca de oxígeno hasta la una y media de la madrugada, y si dejan, todo lo más arriba de la media que se pueda.

Y con esto, y un gazpachito con hielo ó una ensalada de pepinos de vez en cuando, ¡que le zumben á uno los moscones!

Un pequeño reporter.



POR ESOS MUNDOS DE AMOR...

¡TODO POR LA ESPAÑA!

—¡Oh, qué bonito día hemos pasado!
Todo él vivido por *ta belle Espagne*.
Que, *avec plaisir*, por ella yo he brindado
con vino *¡bien français de la Champagne!*

¡Tout pour l'Espagne! ha sido en este día
que dedicado le hemos á ella sola.
Y hasta el buen sol de Francia parecía
hoy con su luz ¡un sol á la española!

Yo, *mon cheri*, por tí *l'Espagne* adoro.
¡L'arabe Espagne, romantique, ardient!
Porque tú tienes un *visage* moro
que yo amo sobre todo enormemente.

Así, pues, en París, *il faut* de vernos
en mi casa otra vez, pues yo quisier,
por *les braves torós* de grandes cuernos,
allí brindar *¡et pour l'Espagne fiera!*

Ya sabes: Veinte francos, *tout compris*.
No dejes, al volver, de visitarme.
Ten mi tarjeta... MADLLE. DELYS,
PARÍS, 69, RUE DE PARME.

Joaquin Alcaide de Zafra.

Saint Germain en Laye.



—Te repito que tu novio es un sinvergüenza.

—Papá..., si estás equivocado..., yo te explicaré...

—Nada de explicaciones. ¡Es que vas á enseñar á tu padre á hacer!

muy bien en verano, y no me refiero con esto á lo del marisco, sino á que distribuyo muy bien las horas del día, y sabiendo hacer esto, sonríanse ustedes de Ostende, donde, según los periódicos ilustrados, todo el mundo anda sin poder meterse las manos en los bolsillos.

Al rayar el alba, á la pajolera calle camino del Retiro, donde suele haber cada madrugadora y cada trasnochadora que atortolan de preciosísimas. Por aquellas plazuelas no faltan grupitos de modistas que saltan á la comba, y da la casualidad que se les enreda el cordel casi siempre que llega un transeunte que les es grato y, naturalmente, ¡á que está uno sino á hacer estudios anatómi-

EL AMOR TODO LO PUEDE

POR las manos pecadoras de Manolo Scriano, Ortiz de Pinedo, Cerezo, Tato y todos esos estimables compañeros encargados de la sección de sucesos en los periódicos de Madrid, ha pasado estos días un drama que, no obstante la perspicacia de los

Adelina, su mujer, no tenía libertad para ir sola a ninguna parte. Al fin, la ofensiva asiduidad del esposo llegó a ser intolerable; la joven se ahogaba; el mismo empeño que K. ponía en no dejarla tranquila ni un momento, la inspiró quizá la idea de que el adulterio debía de ser a la vez algo dulce y trágico. ¿Por qué no mordisquear la terrible fruta?

Entre los jóvenes que más asiduamente y con mayor discreción cortejaban a Adelina, ésta eligió a uno.

Era un muchacho elegante, muy simpático, guapo... El rostro moreno y terso, los dientes blancos y pequeños, el bigote negro muy cuidado... Un hombre mono, bonito, como D. Luis de Tapia y D. Leopoldo Bejarano...

Adoptando grandes precauciones, lograban cambiar algunas palabras por las noches en el teatro, o los domingos a la hora de misa. Mas aquello sabía a poco; su pasión, azotada por las dificultades, había crecido



— ¿Sabes, Micaela, que estoy notando que, en efecto, el calor dilata los cuerpos?

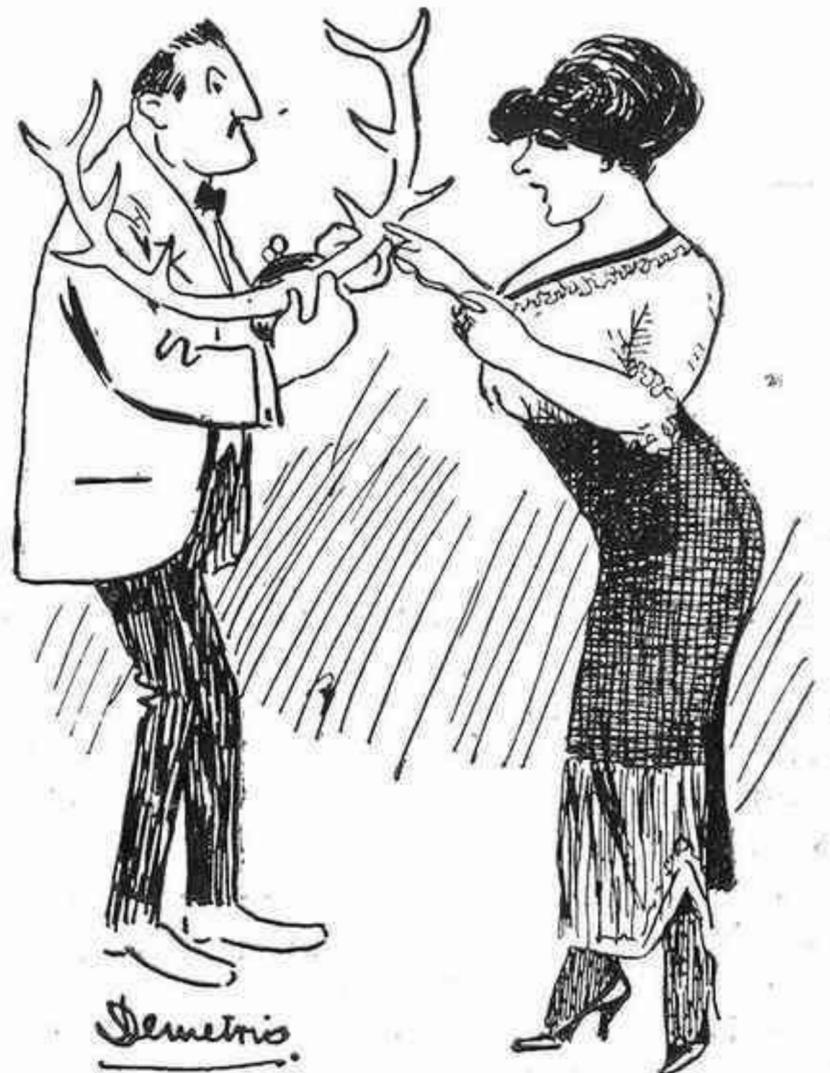
— Vamos, hombre, ¡ya era hora!

admirables colegas, no ha tenido la resonancia que merece.

Se trata de la detención en el puente de Segovia de un individuo que desde muchas noches antes, según habían observado los agentes, rondaba aquellas inmediaciones... Un individuo de alguna edad, de continente fuerte y airoso, elegante, que, al ser detenido, se negó a dar a conocer su nombre, y que más tarde, en la Comisaría, obligado a declarar casi a viva fuerza, confesó que era el marqués de K...

La historia íntima de esta aventura merece contarse.

K., que no ha mucho contrajo matrimonio con una francesa bellísima, es, como todos los maridos viejos, extraordinariamente celoso.



Ella— ¡Jesús, qué disparate, querer colgar un trofeo de caza en el gabinete! Eso no cabe más que en tu cabeza!...

violentemente, y ambos sentían necesidad improrrogable de verse á solas durante dos ó tres horas en una habitación bien cerrada.

Pero, ¿cómo... cuándo?...

Hice poco más de ocho días, el marqués de K. recibió un anónimo, concebido aproximadamente en los siguientes términos:

«Es usted un miserable y un ladrón. Si, á pesar de las bajezas que ensucian la historia

Dos días después, el anciano recibió otro anónimo:

«Eres un cobarde. La otra noche no fuiste á la cita.

»Te desprecio y desde aquí te lleno de saliva la cara. Te espero hoy á la misma hora y en el mismo sitio.»

El marqués llegó al puente de Segovia á las once y media. Dieron las doce, la una...

K. se desesperaba y á cada momento repasaba el anónimo para convencerse de que no soñaba y de que aquello no era una alucinación, como la fantástica cita que dió á don Agustín Moreto la sombra de aquel don Diego Elíseo de Medinilla, á quien el célebre poeta mató en desafío.

Pero, no; lo escrito estaba allí, llamándole, injuriándole.

Pocos días después, el marqués de K. recibió otro anónimo, y después otro y otro, hasta siete.

El marqués, con un valor y una buena fe que le honran, acudió á todas las citas.

Al fin, le detuvieron.

¿Quién dudará de que cada uno de aquellos anónimos proporcionaron á Adelina y á su favorito una loca noche de amor?

Félix Recio



EPIGRAMA

Borda Juanita Legama
su equipo, que, con justicia,
á todos la atención llama;
pues dicen que, aunque novicia,
resultará una delicia
su primer juego de cama.

Luis de Ossa.



—Una de las cosas que me azaran más, es empezar un sorbete sin que se estropee la punta.

—Pues chica, métele la lengua ahora, que no mira el camarero.

de usted, es cierto, como dicen, que conserva usted todavía un resto de valor, esta noche, á las doce, le espero en el puente de Segovia, donde tendré el gusto de romperle el alma.»

Después del teatro, el marqués de K. que, á pesar de sus años, es hombre de arrestos, acudió á la cita,

Allí aguardó inútilmente una hora, dos... Su enemigo no pareció. Cuando K. regresó á su domicilio eran las cuatro de la madrugada. Contra su costumbre, Adelina estaba despierta y leyendo un libro.

—No he podido dormirme—dijo la joven con una sonrisa—temía que te hubiese sucedido alguna desgracia.

El marqués la besó en la frente y se acostó, roído por la cólera de no haber podido imponer castigo sangriento al miserable que le había insultado.

LA SONAMBULA

S los que vivimos sueltos por ahí reflexionásemos un poco acerca de lo que es la vida, tal vez pensásemos sin esfuerzo en dejarla... No nos ofrece más que complicaciones y disgustos y horrores. Hasta en aquello que más nos place, hallamos á la larga una contrariedad.

Todo esto viene á cuento de lo que le ha ocurrido hace poco tiempo á Polito G., un muchacho muy picarón y muy agradable, que andaba siempre en busca de chapuzas...

Polito fué invitado á la boda de su antiguo camarada Pedro. La ceremonia nupcial debía celebrarse un sábado por la mañana en la artística capillita gótica del hotel que la familia de la novia posee en Andalucía.

Polito, siempre puntual, como todos los desocupados, llegó á casa de sus amigos el jueves por la tarde. Pedro le presentó á su futura. Carolina cuenta poco más de veinte años: es alta, ondulante y muy sobrada de seno y de caderas; sus ojos negros y pensativos miran con expresión penetrante, registradora; una fuerte expresión de volubilidad embellece sus rojos labios entreabiertos. La cena fué alegre. Polito charló copiosamente; la madre de Carolina, una anciana

sesentona, bastante sorda, le observaba sonriendo, maternal y alegre, bajo sus cabellos plateados. Pedro reía también, recordando su dicha cercana; de cuando en cuando, las miradas de Polito y de Carolina tropezaban, y por las andaluzas pupilas de la muchacha pasaban relampagueos extraños.



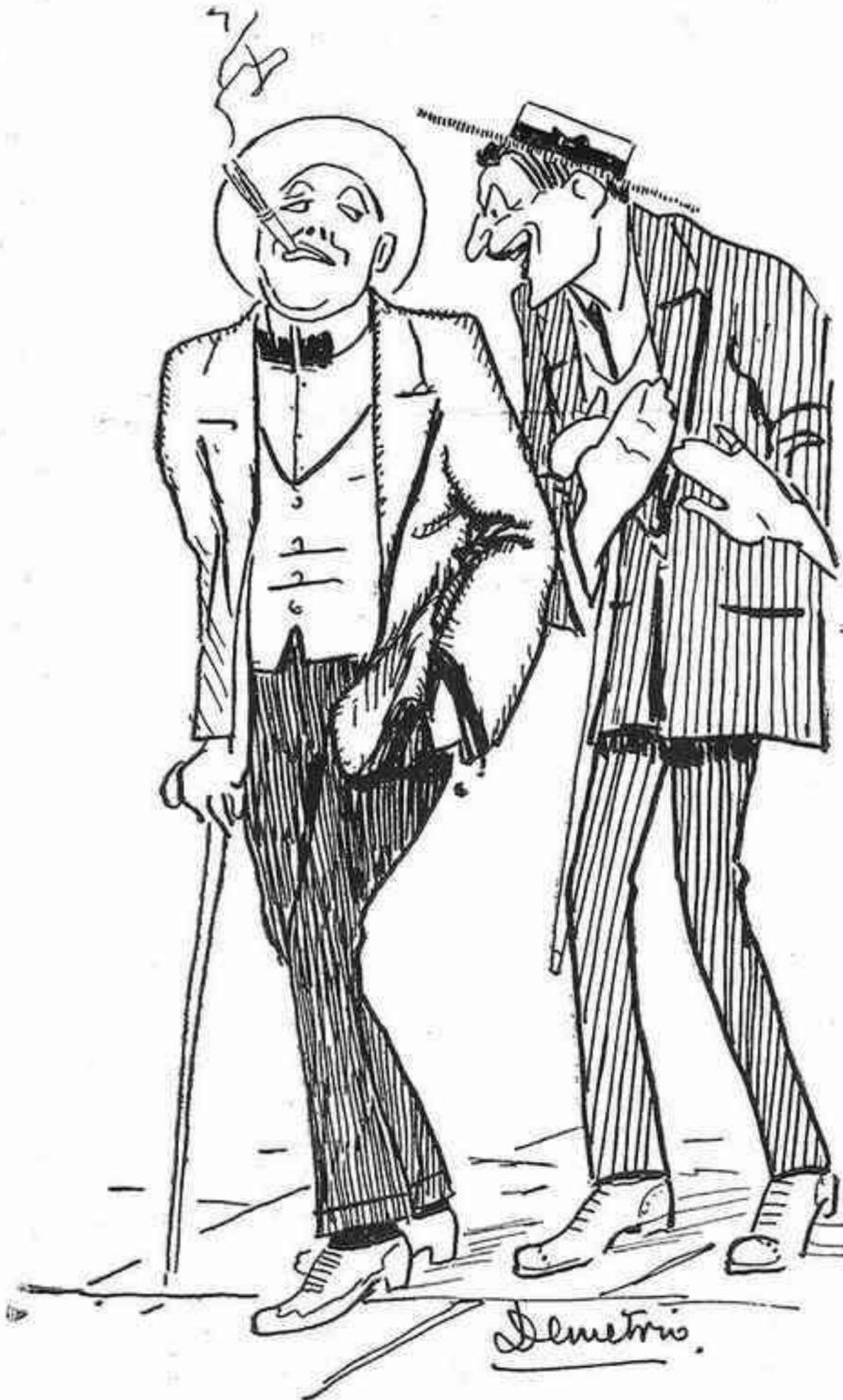
Ella.—Te declaro que con estos calores me hierve la sangre. De buena gana me quedaría como mi madre me parió.

El.—Eso quisieras tú; y lo *pasao, pasao.*

—Mi novia—exclamó Pedro risueño y levantando la voz para que su futura suegra le oyese—sería una mujercita perfecta si no padeciese de los nervios. Estos llenan tres cuartas partes de su vida; sufre alucinaciones, es sonámbula, y cuando recibe algún disgusto, su corazón late cual si fuera á saltarse del pecho. Los médicos aseguran que el matrimonio remediará todo eso...

En tanto Pedro hablaba, Carolina no disuadía el terco mirar de sus ojos de Polito, y había en aquella quieta y obstinada expresión algo anómalo, delirante, ajeno á su conciencia.

Terminada la cena, cada cual se retiró á



—Chico, yo temía tirarme una plancha horrenda, al exponerle mis pretensiones á Matilde, y, efectivamente, me la tiró.

sus habitaciones. Polito G. cerró la puerta de la suya sin llave, se desnudó y se metió en la cama. Largo rato estuvo despierto, pensando en la belleza de Carolina, y en que su buen amigo Perico, inocentón y confiado, cometía una gran necedad desposando una mujer así...

Al fin se quedó dormido, sin acordarse

de apagar la luz que ardía sobre la mesilla de noche.

De pronto, despertó; una mano pequeña, cálida y suave, rozaba su frente; en pie, delante del lecho, estaba Carolina. Polito G. ahogó un grito de sorpresa.

—¿Qué es esto?— balbuceó—, ¿qué quiere usted?

Ella repuso, insinuante:

—Le quiero...

—¿Está usted loca?

—Sí, quizás; pero, no importa; te quiero... te quiero... Teavía soy libre, todavía tengo derecho para decir lo que siento.

La pasión enrojecía su voz, poniendo en ella un trémolo fascinante y subyugador. Polito, aunque estrechado de cerca por la irresistible tentación, procuró defenderse.

—Vete— exclamó—, vete. ¡Pobre Pedro! ¡Es infame, es inicuo lo que estamos haciendo!

Pero Carolina repetía implacable, con ese loco anhelo de amor que perpetúa el guañeo de la muerte:

—Te quiero... Te quiero...

Polito, con una lealtad que le honra, aún quiso resistir; pero ella le obligó á callar. ¿Qué hacer?

¡Pobre Pedro!

Al día siguiente todos volvieron á reunirse en el comedor. Carolina miró á Polito impávida, con serenidad y candor absolutos, cual si nada hubiese sucedido entre ellos, y tan nobles, tan inocentes, tan limpios de toda impureza se hallaban sus ojos, que el dichoso seductor comprendió que la joven fué á verle hallándose en estado de somnambulismo, y que, por tanto, lo ocurrido no había dejado en ella ningún recuerdo.

Y ahora surge el drama.

El día de tornaboda, y por motivos sobradamente comprensibles, Pedro presentó en el Juzgado correspondiente una demanda de divorcio. Carolina, que nada sabía, lloró, suplicó, y obedeciendo quizás á insinuaciones cautelosas de ocultos y borrosos recuerdos, refirió á Polito su desgracia y la infamante acusación de Pedro.

Polito le explicó lo ocurrido, y Carolina se desmayó.

Lo peor es que G., egoísta y frío, como todos los «profesionales» del amor, se niega á corregir su falta.

—Cuando fué á verme— dice—ella estaba dormida, alucinada... y ¡qué diablos!, la pasión que ahora me profesa puede ser tan liviana como la que antes dedicó al otro. ¡No es cuerdo fiarse de sueños!

'Clemente de Castro.'

EL PRECIO... DE UN CUBIERTO



El sábado pasado llovió concienzuda y refinadamente en Bilbao. Esas lluvias del Norte tienen algo de crueles y de cínicas; parece que las envía el genio de la maldad, inspirado por algún odio misterioso é insaciable. No se acaban nunca.

Llovía, según he dicho, y la dulce Josefina, modelo de pintor, de hermosura y de otras varias cosas, en las que indudablemente se puede ser modelo, encontróse á las tres de la tarde en un portal, sin paraguas y muy aburrida.

¿Qué hacer? ¿Qué no hacer? A los veinte años no suele ser corriente la indecisión; antes lo es la irreflexión. Sin embargo, Josefina vacilaba entre arrostrar heroicamente el furioso temporal ó pasarse la tarde en aquella portería estrecha y maloliente, en cuyo fondo se vislumbraba un patio sucio, cubierto de cristales.

En estas vacilaciones pasó ante el portal un jovencito bien vestido; volvió á pasar al medio minuto en dirección contraria, y á la postre entró, como si también huyera de la lluvia, para la cual no era, en verdad, muy buena defensa el paraguas que llevaba.

—¡Vaya un moço de llover! — dijo Josefina á guisa de saludo.

—En mi vida ví turbión semejante — contestó el joven acercándose á Josefina.

Hablaron durante un rato de la lluvia, y luego, como este tema hubiese dado de sí todo lo que podía dar, iniciaron otro, es decir, lo inició el joven mirando fijamente á Josefina.

— ¡Es usted muy bonita!

— ¿No se ha fijado usted en ello hasta ahora?

— ¡Qué quiere usted! Esta pícara lluvia quita la vista.

Josefina sonrió. Aquello parecía el principio de una aventura. En cuanto al fin... ¡Qué le importaba el fin!

Todas las aventuras amorosas tienen el mismo. Ello fué que se propuso escuchar con agrado cuanto el mozalbete la dijo con su adorable ingenuidad de amator inexperto, y que poco á poco le interesó aquella figurita delicada y graciosa y le hizo entrar en ganas de gustar todas las fases de la aventura.

El galán propuso abandonar el portal y pasar el resto de la tarde y de la lluvia en un café cercano, y Josefina, tras de un bonito simulacro de pudorosa resistencia al pecado, accedió con un gesto, retozándole en lo íntimo de su persona la alegría de la inevitable comida con ostras y champaña.

Así sucedió. Salieron del portal, cruzaron dos calles solitarias, verdaderos arroyos de agua sucia, para cruzar los cuales re-

FILOSOFIA FARMACEUTICA



— ¡Si muchos novios supiesen de cuántos secretos está enterado el boticario!

cogióse las faldas Josefina con una gracia deliciosa, y arribaron al café de referencia. Un pasillo estrecho y una escalera de la anchura del pasillo les condujo á los gabinetes.

Juanito redactó el menú y Josefina lo puntualizó, ó, lo que es lo mismo, lo com-

PREGONES CALLEJEROS



—*El vendedor.*— ¡Ay, qué merenguito más rico! ¡A cinco, á cinco!

pletó con varios detalles que á ninguna mujer avisada se le escapan.

La comida deslizóse sin incidentes graves que lamentar. Josefina relase con frecuencia, enseñando unos dientes monísimos, y el galán empezó á emplear las manos. Josefina no se resistió ¿Para qué, después de

todo? Aquello era el fin, y hasta el fin se habla propuesto correr la aventura.

Luego, al cabo de un buen rato, le hizo sentar otra vez ante la mesa y le obligó á beber una última copa de champaña, la mortal, porque con ella se quedó el pobre chico dormido, y no despertó hasta que un camarero, acostumbrado á estos finales, le tocó en un hombro, diciéndole oficiosamente:

—La señora se marchó hace un rato; pero tranquilícese usted, no se ha llevado más que el paraguas.

Fernando Amado.



DE MI LIRA

Á UNA MENDIGA

Tu cuerpo virgen, linda muñeca,
hálito exhala de juventud,
mientras el hombre, con hosca mueca,
tronchar pretende, cual hoja seca,
tu acrisolada férrea virtud.

Á UNA ESQUIVA

En el amor, por ingrata
que seas, bella Remedios,
no existen términos medios;
pues Amor ó muere ó mata.

Á UNA COCOTA

Era rico y me querías;
hoy soy pobre y no me quieres...
¿Por qué ocultáis las mujeres,
tras de eróticos placeres,
engendros de rebeldía?

Á UNA BAILARINA

Siempre que te encuentro en el paseo;
en tus ojazos los míos clavo;
arde en tí la llama del deseo,
y como en tu faz amor no veo,
seré tu amante, mas no tu esclavo.

Elias Sancho Gallel.

EL GRAN SECRETO



ACE UNOS CUANTOS DÍAS recibí la siguiente carta, que merece leerse, de mi amigo Adolfo Lonilla, un muchacho pintor inteligentísimo:

«Mi querido Jacinto: Tengo que contarte muchas cosas desde mi última. Es decir, muchas cosas, no; es una sola la que tengo que contarte; pero, ¡qué cosa, amigo mío!

«Ya sabes que me ceculté en el mes de Mayo en un pueblecito de Santander, á fin de recobrar fuerzas para continuar la tremenda lucha por la vida, en la que todavía no he saboreado grandes éxitos, y que los primeros días de mi aislamiento fueron felicísimos.

»Pues bien; cádate que de pronto desaparece esta felicidad, mejor dicho, desaparece la tranquilidad sin ejemplo en que vivía.

»Una tarde, al regresar de mi cotidiano paseo por las márgenes del río, me crucé con una señora como de treinta años de edad, morena, admirablemente formada y con un dejo de tristeza que me impresionó mucho. Ya sabes que soy muy impresionable.

»No dije nada á la señora. Nos miramos y pasamos de largo; mas al día siguiente volví á encontrarla, y ya no me fué posible guardar silencio ni contener mi admiración.

»La saludé y contestó amablemente á mi saludo; inicié una conversación vulgar y me secundó con una gracia exquisita; la propuse pasear juntos y accedió *ipso facto*.

»¡Ay, Jacinto de mi corazón, mejor hubiera sido que no aceptara! Aquella mujer poseía el verdadero encanto de la seducción irresistible. Su digno continente, su conversación amena, pero correctísima, su belleza arrogante, casi intacta—pues luego me confesó que era viuda y que perdió á su marido á los ocho días de casados, de resultas de un aire—y otras varias circunstancias que sería prolijo y cruel enumerar, empezaron á marearme, produciéndome un vértigo delicioso que acabó de mala manera.

»Verás cuál fué la mala manera en que acabó.

»Ocurriósele á una hormiga trepar por el vestido de la viuda y colarse subrepticamente por el cuello de la blusa hasta el nacimiento del seno, punto encantador en que mi amiga se dió cuenta de la presencia del animalcijo.

»Como es muy sensible y muy nerviosa, asustóse creyendo que la hormiga era un cocodrilo, y tal fué su espanto que se quedó sin movimiento. ¿Qué hubiera hecho en mi lugar? ¿Acudir en auxilio de aquella mujer?... Pues eso hice yo precisamente, y desabrochándola la blusa, echéme á buscar



ESTEVANILLO

—Pa dejar á ese hombre y volver contigo necesito, como condición, que te des un baño cá mes por lo menos.

—¡Camará, qué limpia t'as vuelto desde que andas en eso de la higiene!

el animalcijo, á quien, sin duda, le debió entusiasmar el paseo y no paró hasta la cintura. Allí lo encontré.

»La viuda se habla desmayado de rubor y susto, y gracias á mis solícitos cuidados, no pasó el desmayo á mayores, pues te confieso que hubo momento en que la creí muerta.

»Vistióse rápidamente y solicitó de mí que la acompañase á su casa. Cuando llega-

mos á ésta, me invitó á tomar café... Reanudamos la conversación; la hablé de la hormiga providencial y del amor en que me abrazaba, y mi dulce amiga cerró los ojos y se mostró muy agradecida.

»Nos separamos ya entrada la noche, yo completamente feliz y ella enamoradísima de mi persona. Me prodigó los más tiernos calificativos y me rogó que volviera á verla al día siguiente.

»Volví, como puedes figurarte, me recibió



—Señorita, ¿me permite usted que le eshe una mano?

más hermosa que nunca y nos quedamos en casa. El tiempo estaba lluvioso y no era cosa de exponerme á morir de un aire como el difunto marido de Engracia.

»Esta vida duró diez días. La viuda estaba cada vez más enamorada y sedienta y yo no le iba en zaga.

»Unos días nos estábamos en casa, en un gabinetito que daba frente al río; otros, nos íbamos de paseo á un pinar cercano, en el que nos entreteníamos en representar escenas idílicas al uso de los pastores de la antigua Arcadia, y toda las noches tomábamos café juntos, jugábamos á las cartas un par de horas y nos despedíamos cariñosamente.

«Excuso decirte que mi felicidad sólo podía compararse á la del hombre que ha

encontrado, si no la filosofal, otra piedra cualquiera que fuese firme cimiento de su dicha.

«Un día tuve que ausentarme del pueblo para asuntos urgentísimos. Engracia me despidió llorando y yo tuve que hacer varoniles esfuerzos para no llorar, pues calculaba que había de echar muy de menos los encantos casi sobrenaturales de mi amiga.

«Apenas regresé, fui á verla. La doncella me dijo que no estaba visible. Volví por la tarde y me recibió friamente, diciéndome que se arrepentía de sus extravíos y que en lo sucesivo sería una mujer modelo. Quise despertar en ella á la mujer de ocho días antes, apelando á los más cariñosos extremos, y poniéndome una mano sobre el hombro y dejándome besar la frente por última vez, me rogó que la olvidase. Y claro está, he tenido que olvidarla.

¿Qué hacer? Pero la pena me embarga y me entristece. Estoy desesperado. No sé... no sé...

Adiós; te abraza, Adolfo.»



Hasta aquí la carta de mi amigo. Después he sabido que el arrepentimiento de la viuda consistió en un capitán de húsares, poseedor de cierto secreto amoroso, de esos que les llegan al alma á las mujeres.

Jacinto Carmin.



BESOS DE AMOR

¡Dulce beso de amor! En la apacible y poética calma de la noche suena como una nota de cristal; luego, sus ondas el espacio hienden, vuelan sobre los árboles dormidos y hacia otros mundos á perderse van.

Los dos amantes escuchando quedan de su beso el rumor enamorado hasta que en las alturas se apagó, y por seguir gustando aquella música, se besan otra vez, y el bosque entero vibra con un suspiro de pasión.

Nuevamente regalan sus sentidos, aquel beso candente, melodioso, como tocado en arpa de cristal, y á gustarlo de nuevo se disponen, el varón murmurando:—¡Más, más besos!
y ella diciendo:—¡Más, bésame más!

[Mario Egea.]

UNA ENQUÊTE CURIOSA

UERTO psicólogo francés, que oculta su personalidad tras un pseudónimo femenino, ha lanzado desde uno de los grandes rotativos de París, la siguiente pregunta: *¿La maternidad aumenta, disminuye ó aniquila totalmente, en los esposos, el deseo pasional?*

Hasta la fecha, muchas mujeres han contestado, varios hombres echaron también su cuarto á espaldas, y, como siempre, las opiniones aparecen divididas. Es curioso ver cómo las respuestas pueden agruparse según las diferentes clases sociales á que las mujeres pertenecen.

Las aristócratas, para quienes las amarguras de la lucha por la vida no existen, se declaran, salvo excepciones rarísimas, enemigas de los hijos.

«No me gustan los niños—declara una marquesa—los niños son egoístas, molestos, sacios. Un niño—dijo Platón—es la peor de las bestias feroces.»

Una condesita, muy propensa á proteger á los artistas guapcs menores de treinta años, se expresa con más blandura.

«Si la limpieza no me gustase tanto—escribe—querría tener un hijo. La crianza de los niños es fastidiosísima; las buenas madres no consiguen nunca verse durante media hora completamente limpias, y ya se sabe que los hombres elegantes huyen de las mujeres que huelen mal.»

Una soltera dice:

«Viendo á un hombre gallardo, pensamos en el amor, nunca en la maternidad. La maternidad, á mis ojos, es una expiación, el tormento con que el cielo castiga un momento brevísimo de felicidad.»

Una viuda exclama amargamente:

«¡Para qué poner ternura en los hijos si más tarde, ellos y ellas, han de dejarnos!»

Una parisiense, cuyo nombre y señas (aunque viejo) siento no conocer, confiesa con ingenuidad seductora y ardiente:

«Sí, los defensores de la infancia tienen razón: los labios de los niños son labios sin mácula, limpios, inocentes, leales; los únicos quizás que no manchan la pureza de la ple-garia. Pero... entre un hijo y un marido, me quedo con el último; nada tan dulce como

COMENTARIO A UNA NARIZ



—Chica, si ahí nieva...

sentir en nuestra nuca el cosquilleo de un bigote varonil.»

Hay respuestas irónicas de un humorismo cruel, csi grosero.

«Nada tan ridículo—afirma *Una aristócrata*—como la figura de esas señoras embarazadas que van por las calles caminando á paso de tortuga y rodeadas de chiquillos.»

Las ordenadas burguesitas y las cortesanas locas, obedeciendo á leyes contrarias, se

LEA USTED EL JUEVES
EL LIBRO POPULAR

QUE PUBLICA

LA INFANTICIDA

Novela inédita por JOAQUÍN DICENTA

Con ilustraciones, 32 páginas, papel couché, 20 cts

EN EL SEGUNDO NÚMERO, PUBLICARÁ

EN LAS CAVERNAS, por la Condesa de Pardo Bazán

muestran partidarias acérrimas de la maternidad. Traduzco á continuación algunas respuestas.

«Un hogar sin hijos es un cementerio.»

«Los hijos son pedazos de nuestro espíritu y de nuestra carne; por asegurar la vida de mi hijo Fernando, daría la mía, todo cuanto tengo, todo lo que he amado.»

Una hetera, la encantadora Luciana Dupuis, dice:

«Los niños son odiosos desde que empiezan á ser hombres.»

Y una... famosa coupletista española, muy hermosa y muy buena. (y á quien no me atrevo á nombrar) declara:

«Deliro por los niños de tal modo, que pienso sacar uno de la inclusa, ya que, haciendo por ello, Dios no quiere concederme la alegría de ser madre.»

En general, creo que los amores de esposa y de madre, sin ser opuestos ni mucho menos, se estorban y perjudican bastante. El amor, por consiguiente, es «el pretexto» de la maternidad, por lo que no es difícil que las esposas, después del alumbramiento, se aficionen á los hijos mucho más que lo estuvieron al marido.

Los hombres son partidarios débiles de los niños. Durante el primer año de bodas, todas son flores. Después llegan los hijos y con ellos se va el amor... ¡Y queda la sne-gral...

Julio Mata.

París, 2 de Julio.

ESPECTÁCULOS RECOMENDABLES

EL PARAISO

Afortunadamente tenemos ya en Madrid un lugar agradable donde pasar las noches estivales: *El Paraíso*.

Por unas pocas perras, muy poquitas, se entra en el lindo parque de recreos, amplio y fresco, y además de encontrar en él á *Don Genaro, el feo*, tan feo como gracioso, valga la verdad, y á varias muchachas muy bonitas, se tiene y se disfruta del cinematógrafo, gran restaurant, patines, lawn tennis, cable aéreo (espectáculo de emoción), trinquetes americanos de bolos (novedad en España), tiro al blanco, máquinas de recreo, etc. etc.

En Madrid no hay ni ha habido, desde hace mucho tiempo, nada tan completo; esta es la verdad.

Bien se nota que figura en la Empresa un hombre joven, de inteligencia y de iniciativas, Enrique Bescós, que cuando se lanza á hacer una cosa, la hace bien.

El Paraíso está todas las noches atestado de gente, y es muy natural. Quien no vaya es que no tiene gusto y se quedará, además, sin saber lo que es bueno...

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

ESTABLECIMIENTO TIP. DE EL LIBERAL ;

ALFON FOTÓGRAFO
TELÉFONO 2569
FUENCARRAL 6 MADRID

LA HOJA DE PARRA • REVISTA FESTIVA •
APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración inédita de los más ilustres escritores y dibujantes.

NÚMERO SUELTO: CINCO CÉNTIMOS.—NÚMERO ATRASADO: DIEZ CÉNTIMOS.

APARTADO DE CORREOS, NÚMERO 547.